

# EL VALOR DEL SER HUMANO

Mi primer sentimiento sobre el aborto es el de un dolor total, un dolor que sobrepasa los bordes de la herida individual y penetra hasta el fondo de la vida y de lo humano. Dolor profundo, de hondas raíces y de muy difícil consuelo que los atajos sanitarios y legales por sí solos nunca podrán alcanzar. Dolor extenso e inabarcable que rompe el hilo de una vida y desgarrar el corazón de todas las madres. Dolor de límites imprecisos que la ley dispuso fueran la desgracia, la violencia, la enfermedad, y la injusticia pero que la sociedad del bienestar exige ampliar hasta las fronteras indefinibles de la voluntad y los deseos humanos. El aborto es un mal que requiere en todos los casos una dolorosa y por necesidad prudente terapéutica que libere en lo posible a las madres de su sufrimiento pero respetando siempre el derecho a la vida del ser más débil e inocente, apelando a todos los recursos posibles y justos para garantizarla.

Al aborto, dolor total, le sobra y le basta con su propia desgracia y no necesita para nada ser noticia o actualidad, ni ponerse al servicio de intereses ajenos ni convertirse en instrumento de nadie, ni en razón política ni, lo que es peor, en un negocio ilícito que deshonra a la sociedad que lo consiente. El aborto sin embargo es hoy por hoy una dolorosa actualidad en la sociedad española y un tema de debate político y social que, desde mi profesión y desde mi fe experimento como un profundo y complejo dolor.

Dolor ante todo por las víctimas inocentes de un sacrificio ignorado por muchos y por la pérdida del verdadero sentido de lo humano. Me duele la razón degradada hasta este extremo y me siento envilecido por el mal que somos capaces de provocar y de ignorar justificándonos incluso por la necesidad, la inconsciencia y olvido. Me duele el aborto como me duelen las guerras, el hambre, la pobreza y la injusticia con los que nuestra civilización culta y poderosa ha llegado a rebasar unos límites nunca hasta ahora imaginados.

Me duele la indiferencia de los que provocan abortos pero me duele más aún el silencio de los que callamos precisamente cuando tenemos que hablar, el miedo de los que nos ocultamos cuando más falta hace dar la cara, el acomodo de los que seguimos viviendo como si no pasara nada, la gruesa capa de ignorancia con la que tapamos nuestra conciencia, los tardos lamentos al descubrir lo que hace años deberíamos ya haber sospechado y publicado.

Me entristece el mensaje que nos quieren transmitir. Si tuviera buena voluntad hasta podría pensar que los que matan están convencidos de que no lo hacen, que están equivocados y no distinguen entre el ser y la materia humana; pero tantos horrores despejan cualquier crédito de bien. La máquina de abortar funciona porque está dispuesta para eso y es ciega ante cualquier otra razón.

Reconozco y comparto el sufrimiento de mujeres que soportan embarazos no deseados y situaciones al límite para las que es difícil encontrar una solución. Antes que penalizarlas, estamos obligados a acogerlas con cariño, escucharlas, comprenderlas, buscar y ofrecer soluciones para el sufrimiento de esas madres y la vida de los hijos no deseados. Entiendo que haya excepciones que la ley contempla pero nunca podré entender el sentido de una ley tan ciega e inerte ante quienes la conculcan hasta ese extremo.

Me duele como cristiano el dolor de Dios por la muerte de unos hijos a manos de otros hijos. Me duele el negocio tapado de la muerte. Me duelen mi fe y mi Iglesia, no por nuestra doctrina acerca del aborto que siempre ha sido clara y rotunda, sino por el silencio o la estridencia en la que solemos vivir tanta ignominia. Me duelen tanto la falta de objeción de conciencia de los profesionales que callan como la mezcla incoherente de radicalismo y de tibieza que demostramos en la defensa de la vida humana y la soledad en la que tantas veces abandonamos a las madres necesitadas.

Me duelen como profesional sanitario las carencias de signos positivos de vida de nuestros grupos humanos: de amor a la vida, de respeto a la vida, de confianza en la vida, de cuidado de la vida de niños, jóvenes, mujeres, ancianos, enfermos, débiles, pobres, desgraciados....Me duele que no seamos capaces de crear más ilusión de vida en los matrimonios jóvenes, ni de alegrar lo suficiente la vida de los ancianos. Me entristece este consumir la vida apurando el bienestar hasta la última gota y que sobre los hombros de mi profesión recaiga el deber de aumentar este bienestar hasta el infinito llegándose a incentivar económicamente intervenciones contra la vida que siempre se consideraron impropias de los profesionales sanitarios.

Temo por la vida de los más frágiles: los embriones y los fetos ya seleccionados para no vivir, por los hijos no deseados que nunca llegarán a nacer y por las mujeres a las que cada vez les costará más trabajo ser madres, por las que abortarán y por las que ya lo han hecho. Por tantos sufrimientos para los que no tendremos otra contestación que más sufrimientos, por los cada vez menos sacrificios que estamos dispuestos a soportar, por todo el amor que renunciamos a repartir. Por los desencuentros y la intolerancia que seremos capaces de provocar, por los compañeros que se sentirán obligados a intervenir en un aborto y por los que, en conciencia, se negarán. Temo por el valor de la vida utilizada para dividirnos unos a otros en lugar de cuidarla y promoverla como objetivo universal y bien de todos los seres humanos. Temo y lloro por todos nosotros a los que nos tocó vivir esta tragedia que nos hunde en las sombras más oscuras de la condición humana.

Me duele, tomo, lloro pero sigo confiando en la bondad radical del hombre y la mujer, en su ansia de amor y de infinito, en su sensibilidad y su conciencia, en su proyecto conforme a la voluntad de Aquel que nos creó. Confío y rezo para que el Señor nos dé fuerzas en las dificultades y valor para defender la vida y argumentos para proclamar la verdad en un mundo que se niega a escucharla. Que nos dé la generosidad suficiente para compartir la vida y la compasión necesaria para remediar tanto sufrimiento.

Creo que ya es la hora de hablar y de hacerlo serenamente y sin otras intenciones que la defensa de la verdad y de los más débiles. El aborto no es un argumento político ni sociológico ni pertenece a ninguna doctrina en especial. El aborto, la guerra, la violencia, el mal y la injusticia no son por desgracia ninguna novedad; existen desde que existe la vida humana y no podemos aceptar que se pretenda equiparar el aborto a progreso, civilización o bienestar. El único camino y horizonte humano es la vida vivida en plenitud conforme a nuestras posibilidades; nunca la vida cuestionada desde su concepción según satisfaga o no a nuestro bienestar. La vida entendida siempre como un bien, ofrecida con generosidad y compartida con alegría

Jose María Rubio Rubio  
Profesional Sanitario Cristiano